

## *La Herencia*

Por

Ricardo VALENZUELA.

**D**e esto hace largos años. Me habían asignado las informaciones de la bahía. Estaba contento. Tendría oportunidad de hallar continuamente a los héroes de los libros de aventuras que tanto me habían apasionado. Empecé a frecuentar los barcos y los muelles, donde me di cuenta que existía un cúmulo de noticias y extraños relatos. Muchos individuos constituían un buen cuento para el magazine del domingo. Otros no tenían idea que se habían escapado de alguna página de Jack London.

En un bar encontré a un tal Rickhart Haittman, un alemán que vendía caricaturas, y consumía litros de cerveza. Había comenzado estudiando dibujo en su patria, con miras a dedicarse a la ilustración de revistas, pero dejó aquello en busca de algo más emocionante... Consiguió embarco por primera vez en una goleta, cuyo capitán le exigió, previamente, que hiciera un retrato de su perro. Fueron a bordo y lo hizo. El capitán le gritó que lo consideraba un gran artista y que desde mañana podría empezar a fregar la cubierta.

Permanecía en Chile desde la primera guerra mundial, cuando una serie de veleros alemanes "P", que venían en busca de salitre, quedaron internados a causa de la neutralidad del país.

En 1919, varios de esos buques se hallaban todavía en Valparaíso. Una noche se desencadenó un temporal, el peor, quizá, en aquellos años. Numerosos barcos fueron arrojados a la playa donde amanecieron hechos pedazos; o se hundieron en los mismos sitios en que estaban fondeados. Entre los primeros se contó el de Haittman. Era una hermosa barca de cuatro palos. Un vapor al garette se le vino encima y le abrió una enorme brecha en el casco. Rickhart y otros tres alemanes, consiguieron saltar a un bote salvavidas que se despedazó entre ramalazos de agua antes de conseguir apartarse del costado. No supo cómo al aclarar se halló sobre una camilla en el muelle, exhausto, con el rostro congelado y tirante, bajo una máscara de sal. No vio más a sus tres compañeros.

Un día, mientras recordaba esto y dibujaba mi cara con un gastado lápiz de carboncillo, me contó otra historia que vivió en los mismos veleros "P", en el Cabo de Hornos.

Había extraído un papel blanco, ordinario, de una vieja carpeta con manchas de sudor. Trajeron cerveza. Bebió medio vaso de un sorbo.

—Nunca he pensado que soy artista —dijo—; aunque quizá, algún día, lo quise. Lo que hago ahora, me parece nada más que una forma honrada y circunstancial de vivir; o, si no le parece mal, de encontrar quien, con dignidad, me ayude a pagar la bebida que consumo. No será por mucho tiempo. Si obtengo embarco en la Kosmos, volveré a Alemania y después iré al golfo de Botnia, para entregar a la madre de Nikola Nielsen, la herencia de su hijo.

"No crea usted —añadió— que pueda ser yo albacea de ninguna hermosa herencia. Ciertamente que no... Pero sí que guardo algo valioso. Aquella anciana, si vive todavía, me recibirá emocionada y me pedirá que permanezca a su lado por todo el tiempo que quiera, allá en su casita, al final del Báltico".

Abandonó el papel encima del mesón y se pasó los dedos por la frente y los ojos, con ademán de fatiga.

—Creo que a usted no debe interesarle gran cosa —prosiguió— que yo aprisione sus rasgos en esta hoja. Además, estoy terriblemente aburrido de hacer este trabajo con personas que no lo comprenden. Usted, naturalmente, es otra cosa. Si les tomo el parecido, sonrío moviendo la cabeza con gestos aprobatorios, y doblan el croquis en el bolsillo. He visto muchos de mis dibujos abandonados y pisoteados debajo de las mesas. O entre el aserrín, aquí, al lado, donde algunos escupen. Si algo exclaman cuando pagan, es para objetarme que lo hice demasiado rápido. Me invitan a beber y no ocultan el deseo de que me aleje cuanto antes. A ninguno se le ocurre preguntarme cómo llegué a realizarlo. Temen que les cueste otra cerveza. Otros, ni siquiera esto. Profieren un "váyase", que me hiela la sangre. He observado que algunos tienen las cabezas tan duras, que dudo hubieran podido hacer otra cosa que limpiar las salas en nuestra Academia. En fin, una triste cosa, señor... ¿Quiere usted que en vez de que perdamos el tiempo en ella, bebamos otros vasos, y yo le cuente, brevemente, se lo prometo lo de la herencia de Nikola Nielsen?"

Frente a nosotros, detrás del mesón, había un espejo grande, un escudo de bronce de la Marina británica, y modelos de barcos. Aparecíamos en primer plano en un escenario en que se reflejaba toda aquella muchedumbre portuaria que llena estos lugares después de las cinco de la tarde, igual, en todos los puertos del mundo, velada por la humareda de idénticos cigarrillos.

Llegaron los vasos.

—Como ya le he contado —continuó Rickhardt Haitzman— comencé mi entrenamiento naval a bordo de aquella goleta, cuyo capitán, un hamburgués rudo, francote y de buen humor, me tomó simpatía; desde que colgaba en su camarote el retrato de su perro. Todas las noches, antes de volver a bordo, le compraba un enorme trozo de tocino. Una vez que lo hacía na-

dar alrededor del barco para probar la resistencia que tendría el animal para salvarse en caso de naufragio, pasó un remolcador a toda velocidad, tan cerca, que lo precipitó contra la amura, dejándolo mal herido. A los pocos minutos murió sobre la cubierta, junto al trozo de tocino, intacto, que le aguardaba como recompensa. El hombre, apenado, no tardó en vender la goleta. Se trataba de dos viejos amigos que por mucho tiempo habían compartido el mismo camarote y a quienes el destino separó de mala manera.

“Me encontré nuevamente desembarcado y sin contrata. El hamburgués, declaró que proyectaba enrolarse como piloto en un carguero; invitó al contramaestre, al cocinero y a mí a beber unos vasos cerca de los muelles y nos despedimos. A medianoche, fui a dejar al contramaestre, completamente borracho, a la pasarela de un barco que salía para Sidney.

“Por mi parte, no pensaba quedarme en tierra, ni mucho menos reanudar mis estudios en la Academia de Arte. Me había acostumbrado al ajetreo de los puertos. Prefería el vagabundaje sentimental en las ciudades marítimas, a la orilla de los grandes océanos que, donde sea, es estar siempre en una ribera del mundo, escuchando su respiración, sus latidos. Quería la amistad de esos hombres sin otra nacionalidad real que la del mar, a quienes uno encuentra sentados, con las piernas colgando de las literas, en todos los castillos de proa, contando viejas historias de amores y navegaciones. Pensaba llegar, de bar en bar, nuevamente a Hamburgo por el lado opuesto al que había salido, después de embriagarme con cerveza y la música de sus pianolas. De modo que tan pronto supe que faltaba un hombre de cubierta en el “Piennen”, que zarpaba al día siguiente para Yokohama, me presenté al piloto y fui aceptado.

“En la goleta habían hecho de mí un buen marinero. En este tiempo olvidé completamente mis lápices, y no sentía nostalgia alguna de mi familia, los amigos ni la Academia de Arte, aunque mis uñas estaban negras y destrozadas, las palmas de mis manos encallecidas y los dedos torpes para cualquiera otra operación que no fuera retorcer un cable, coser una lona o pasar el escobillón por las tablas recién baldeadas.

“Aprendí también aquel idioma internacional, mezcla de inglés y otras lenguas, que se habla únicamente en los barcos y las tabernas marítimas. Durante el viaje que emprendí en el “Piennen” estuve en China, en Macao, cuando asesinar a un chino costaba nada más que tres libras. Los marineros borrachos mataban a los colíes sólo por ejercer puntería. Pero de ello eran culpables las autoridades chinas, que por temor a complicaciones internacionales, no subían el valor de las multas para proteger mejor a sus chinos.

“De regreso a Europa por el Pacífico, vía Cabo de Hornos —prosiguió Haittman sacando cigarrillos— tocamos en San Francisco para dejar el cargamento de copra. Allí recogimos a Nikola Nielsen, que pertenecía a la tripulación de otro velero de nuestra compañía. Había permanecido tres meses en un hospital, curándose una fiebre contraída en las islas a donde iban nuestros veleros en busca de la copra. Nielsen estaba todavía delgado. Durante la convalecencia se había dejado crecer el pelo, que en revueltos mechones se le venía sobre la frente. Lo enrolaron como ayudante de carpintero.

“Durante la travesía conversamos varias veces. Era inteligente y más educado que el común de los marineros. Como yo, buscaba aventuras. De vuelta esperaba terminar los estudios y graduarse en su patria. Proyectaba escribir. Llevaba libros en el equipaje. Entre ellos, un ejemplar limpio y bien empastado de “Hambre”, de Knut Hamsun, a quien admiraba sobre los demás autores que traía consigo.

“Una tarde, en agosto, el navío rolaba a dieciocho nudos, nada más que con los focos tendidos, y una que otra vela baja, con rizos. Doblábamos el Cabo de Hornos. A la mañana siguiente nos veríamos en el Atlántico, camino del hogar.

“Yo cumplía mi cuarto en la rueda del timón. Permanecía absorto, en mi puesto, observando la brújula y el cielo cargado de nimbos.

“De repente, sentí un ruido extraño. Alargué el oído y la vista. Algo no estaba en su sitio y golpeaba. Se trataba de un pescante de los botes, que se había soltado y bandeaba. Di el aviso con el portavoz.

“Nikola salió apresuradamente del alojamiento de los marineros provisto de martillo y de un trozo de cuerda. Lo ví encaramarse con agilidad en la amurada, y sujetar el pescante con la mano derecha, mientras con la otra daba vueltas a la cuerda, preparándola para tomar un amarra.

“En ese instante el barco escoró violentamente y el muchacho, tomado de sorpresa, cayó al agua profiriendo un grito que me perforó los tímpanos”.

Rickhart apretó y deshizo el cigarrillo contra el cenicero.

—Haittman —le dije—. Usted sabe relatar las cosas con emoción. Algún día me permitirá usted que escriba esta historia.

Encendimos otros cigarrillos. El continuó:

—La voz de alarma corrió de popa a proa, de la cofa al entrepuente, con la vertiginosidad del viento que la conducía. Todos pudieron ver a Nielsen debatirse en el espeso oleaje, con el rostro angustiados, la cabellera que le cegaba, las manos crispadas y en alto, buscando con desesperación donde engancharse.

“De todas las aberturas de cubierta surgían hombres apresurados, algunos a medio vestir. Todos corrían a tomar sus puestos, llamados por la campana que el contramaestre hacía repicar sin cesar. Teníamos que arriar velas en el acto, y virar en redondo.

“No es frecuente que los veleros que navegan con mucho viento, se detengan cuando cae un hombre al agua. Pero la presencia del capitán en cubierta, la forma como miró a Nikola, nos indicó que el “Piennen” volvería noblemente sobre el camino andado.

“Al darse cuenta de ello el muchacho reaccionó y comenzó a nadar vigorosamente para apartarse de la corriente del navío. Tragaba agua. A cada impulso de su pecho congestionado, de sus músculos, de todo su cuerpo para abrirse paso en la masa gris verde, que en toda su inmensidad parecía negarle un metro cuadrado de calma para mantenerse a flote, cumplía un terrible

esfuerzo; lograba una pasmosa síntesis de voluntad y energía para no desaparecer, allí, a la vista de los hombres con quienes recién jugaba una partida de cartas en el castillo de proa. Sobre la mesa estarían las cartas desparramadas, las colillas encendidas y humeantes en los ceniceros, esperando.

“Alguien arrojó un salvavidas, al que Nikola se abrazó con ansiedad. Pero en la precipitación, también cayó al agua el cordel.

“En la región del Cabo de Hornos, durante el invierno, la noche se viene encima rápidamente.

“A los cielos pálidos y desteñidos del verano, a los débiles crepúsculos de esa estación, en que el sol alumbraba débilmente en Punta Arenas hasta las 10 de la noche, suceden los breves atardeceres invernales, densos y poblados de nubes amenazantes, y la obscuridad se produce casi sin transición.

“Entonces, en las soledades de aquel desierto marítimo no se oye otra cosa que la carrera ululante del viento y, a veces, el estridente grito de las aves marinas en travesía desde alta mar hasta los abruptos roqueríos donde tienen sus nidos.

“Nuestro barco avanzó más de una milla antes de conseguir virar y colocarse al paio, sobre las montañas de agua que en incesante desfile pasaban bajo su casco.

“Así que se situó convenientemente, el capitán ordenó arriar la chalupa al mando del segundo piloto. La embarcación se alejó a toda prisa con seis bogas en la dirección en que presuntamente debía esperar Nikola, aferrado al salvavidas.

“A bordo encendieron las luces de posición. Otros dos fanales fueron izados en lo alto de la arboladura, para que sirvieran de referencia a los que partían”.

Haittman se expresaba sin dificultad en nuestro idioma. Entre bocanadas de humo y largos tragos de cerveza, imprimía a su relato un vivo realismo, que acentuaba con breves ademanes de sus manos, anchas, huesosas y expresivas.

—En todo ese tiempo —agregó— no pude apartarme de la rueda del timón. Clavado en mi sitio, concentraba toda mi atención en la maniobra y en las órdenes directas del capitán, que permanecía a mi lado, con el portavoz. Repentinamente el barco se había poblado de carreras, de voces, de crujidos; de chirridos de aparejos que se producían al amainar las velas. Sentía mi pecho oprimido por una gran piedad hacia el pobre Nikola que se zambullía allá abajo y a quien consideraba irremisiblemente perdido. Toda la tripulación participaba de la misma angustia, mientras, atendiendo cada cual a sus deberes, trataba de darse un segundo para dirigir una mirada anhelante a la chalupa que acudía presurosa en busca del camarada en desgracia. Todos ponían el mayor empeño en las faenas que realizaban para colocar el barco en las mejores condiciones de prestar auxilio. Un sentimiento de solidaridad, como únicamente se observa entre quienes están acostumbrados a afrontar unidos los mayores riesgos, animaba a aquel grupo de marineros, reunidos por un azar de la vida, un atardecer de agosto, en un navío, en el confín del mundo.

“Al fin la embarcación se perdió de vista. Desapareció entre los altibajos de la marejada. Pero aún llegaban hasta el velero los ecos de las voces que la tripulaban; los gritos del piloto, llamando al náufrago, que debía estar cerca, subiendo y bajando también como el bote y como el “Piennen” que aguardaba, gobernando a palo seco y a proado al viento, como mejor podía.

“Por un momento sentí deseos de lanzarme al agua y llegar, a grandes brazadas hacia donde estaba Nielsen y arrastrarlo a bordo aún a riesgo de mi propia vida. Yo era un buen nadador, tenía muchos menos años que ahora y mayores energías. Creía de buena fe que habría logrado hacer algo por él nadando, buceando, recorriendo aquel pedazo de océano, brutal e indiferente, que lo mismo podía haberlo sepultado ya entre sus montañas recamadas de espumas, que devolverlo al barco, en cualquiera de aquellos golpes de agua que pasando sobre la borda, anegaba la cubierta hasta la puerta de la cocina. Comprendía que no podía hacer nada; pero me torturaba la idea de que un hombre joven pereciera abandonado, de esta manera estúpida.

“Durante una hora la chalupa exploró ansiosamente el área en que se suponía podía encontrarse todavía el náufrago. Por más que el oficial y los bogas aguzaban los oídos, levantando las orejas de sus encerados, no conseguían percibir nada que se pareciera a una voz humana, ningún rastro que les permitiera alentar la menor esperanza.

“Uno de los tripulantes halló tres bengalas en un cajón en el alcázar del bote, que fueron disparados sin otro resultado que una réplica del barco en señal de que los esperaba de vuelta. El viento había aumentado y pasaba, chillando, entre los aparejos. El oficial se irguió por última vez en su asiento para otear una extensión más amplia. Pero nada vio sino la procesión de las olas, cada vez más altas y sombrías. Una de ellas, encabritada y silbante, resbaló por el costado de la embarcación, y estuvo a punto de volcarla. Uno de los remeros recibió el impacto del agua en la espalda y fue lanzado de bruces contra la bancada. El piloto dio orden de abandonar la búsqueda, y, fijando los ojos en los fanales del navío, que brillaban como dos estrellas comenzó a gobernar en dirección a bordo.

“Cuando la chalupa fue izada, no sin que las olas cesaran de aporrearla contra las planchas de acero del casco, aparecieron en cubierta los rostros desilusionados y silenciosos de los remeros.

“Uno a uno, sacudiendo el agua de sus chubasqueros y pisando fuerte en las tablas para extraer la humedad de las botas, se dirigieron al castillo, donde el cocinero les aguardaba con un jarro de café caliente, pan y una ración extra de tocino. El oficial se acercó al capitán y se limitó a saludarlo militarmente, sin añadir palabras.

“Una noche oscura y profunda nos envolvía desde hacía rato. A la luz amarillenta de la lámpara observé el rostro duro y curtido del capitán. Mientras el oficial saludaba, sus pensamientos parecían vagar lejos. Tampoco habló. Permaneció así unos minutos. Antes de bajar a la cámara ordenó continuar a rumbo, con sólo los focos y las velas del mesana. El navío viró nuevamente y tomó velocidad en el acto. Hundiendo la proa hasta el bauprés, bamboleando como un borracho, reanudó la marcha al Atlántico.

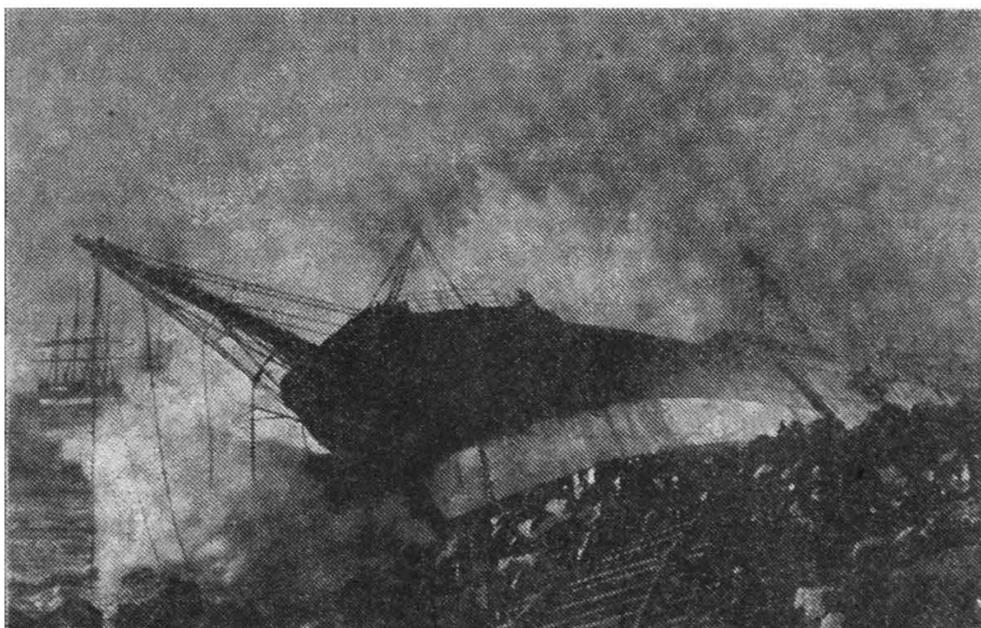
“Cuando el tercer oficial que estaba de cuarto se dirigió a la toldilla para anotar la distancia de la corredera, vi deslizarse hasta mí, blanco como un fantasma, al cocinero que me traía café. En tanto que aguardaba al piloto para ofrecerle del mismo cubo, me contó que Otto Schmidt, el enorme gaviero, a quien vimos una tarde en el entrepuente matar un cerdo de un certero puñetazo en la nuca, había llorado como un chiquillo, después de bogar y bogar vanamente en busca de Nikola.

“Tendido en la litera, sin quitarse nada de lo que llevaba puesto, desechó el café y el tocino, sin ánimo ni apetito, después de lo que había sucedido al muchacho; y de pensar que él, con todo el vigor de sus músculos, con toda la resolución de que era capaz y que resumía, lleno de fe, en cada paletada de su remo, no había conseguido más que los otros. Le repelaba la idea de que había tenido que abandonarlo a la suerte, por disciplina, cuando él, solo en un bote, hubiera sido capaz de continuar la búsqueda hasta el amanecer...

“La mayoría de la gente que se alojaba a proa, eran jóvenes de 17 a 22 años. El mismo Otto, en su corpulencia, no pasaba de esta última edad. Eran unos muchachotes grandes, un poco torpes de movimientos, rudos y sentimentales. Ya tendrían tiempo de amargarse la vida...

“A las ocho de la noche cumplí mi cuarto y vinieron a relevarme. Me fui al castillo. Pesaba allí un silencio de muerte. Todos los hombres dormían. Los capotes y botas, todavía chorreantes, dejaban caer hilos de agua que se extendían por el suelo. Uno que otro marinero roncaba.

“Encendí la lámpara de petróleo que esparció su luz mortecina colgando de un bao y me acerqué a la litera de Nielsen.



La barca alemana "Petschili" de la famosa línea "P" varado en la playa de El Barón, Valparaíso, en el temporal de julio de 1919. (Fotografía del Sr. Carlos Briceño Julio).

Aparecía intacta, tal como la dejase él mismo por la mañana, después de sacudir y extender las mantas. El chubasquero y las botas, que no se había puesto al salir a ver el pescante, creyendo que la operación no duraría, seguían el vaivén del barco. Las botas de goma, daban golpecitos monótonos y amortiguados en el mamparo. Allí divisé también su maleta, con las iniciales N.N. en la cual guardaba el traje nuevo con que le recogimos en San Francisco.

“Sigilosamente, tomé de debajo de la alhomada el libro de Knut Hamsun, “Hambre”, cuyas tapas se me habían hecho ya familiares. Lo abrí. En la primera página tenía una dedicatoria sencilla. Era un regalo de Navidad de su padre. Lo introduje cuidadosamente entre mis cosas y me acosté. Me sentía fatigado, rendido; me ardían los ojos como si los tuviera lleno de sal. Apagué la lámpara. Pero apenas intenté dormir, principié a ver el rostro de Nielsen asomado en el agua; sus largos cabellos claros y lacios; sus grandes ojos azules desorbitados. Parecían acusarme, responsabilizarme por aquella voz que yo diera para que viniera a reparar el pescante suelto, que interrumpió la partida de naipes y fue la causa indirecta de la desgracia de Nielsen. En la litera encima de la mía, Otto Schmidt se revolvió en un sueño angustiado. Me levanté excitado y pasé la noche vagando en cubierta.

“Días después, en plena calma en el Atlántico, frente a la costa argentina, divisamos un vapor alemán que navegaba con rumbo encontrado. Teníamos todavía nosotros muchos días de navegación antes de avistar tierra. Me sentía enfermo, con los nervios destrozados. El vapor pertenecía a la línea de carga que viajaba directamente de Hamburgo a los puertos de la costa occidental de Sudamérica.

“Supliqué al capitán que le hiciese señales para trasbordarme. Me sentía incapaz de continuar el viaje directo hasta Alemania en el “Piennen”. La otra noche que había tenido el cuarto de 8 a 12, se había vuelto a soltar el pescante que Nielsen no alcanzó a componer, y no me atreví a dar el aviso. Soporté el bamboleo martirizante de aquella pieza zafada durante cuatro horas, y cuando me retiré a dormir todavía sentía el crujido regular, peculiar, atormentándome el cerebro. El otro timonel, tampoco dio aviso. Cuando poco antes de mi relevo el primer oficial hizo su última ronda, seguido del contra maestre que portaba una lámpara, aparentaron no darse cuenta del desperfecto. El pescante suelto, bandeó toda la noche.

“Yo estaba realmente mal. No sentía deseos de comer ni lograba conciliar el sueño a ninguna hora. En otro tiempo, el capitán había comandado un pequeño carguero. En el diminuto barco, convivió íntimamente con sus marineros y pasado, codo a codo con ellos innumerables angustias y peligros que, indudablemente, le hicieron más humano y comprensivo que otros, que jamás hicieran aquel duro y sacrificado servicio. Consintió y fui trasbordado al vapor en la misma chalupa que intentó el salvamento de Nielsen.

“Pasé de nuevo el Cabo de Hornos sin atreverme a salir del camarote.

“Llegamos a Valparaíso donde, según lo dispuesto por el capitán del “Piennen”, debía embarcarme en el “Petschili”, que volvería a Hamburgo un mes y medio más tarde. Tendría tiempo de descansar y reponerme en este puerto. Cuando subí a bordo, el mismo día que esta nave llegó de Europa, era el 2 de agosto de 1914. Había estallado la guerra. Salimos inmediatamente a cargar salitre al norte. Cuando nos aprontábamos para volver rápidamente a Alemania con nuestro precioso cargamento, se nos ordenó regresar a Valparaíso. Aquí el barco quedó internado debido a la neutralidad del país hasta que se fue a la playa en 1919, en las circunstancias que usted ya conoce”.

Haittmann apuró su vaso. Parecía triste con el torrente de recuerdos que aflujía a su mente. Se hallaba tantos años ausente de su patria. Desempeñaba un oficio triste e incomprendido. Volvió a pasarse la mano por la frente y los ojos.

—Ya ve usted por qué y cómo estoy ahora aquí.

Y luego, con una sonrisa melancólica, añadió:

—En cuanto a la herencia que guardo no es otra cosa que el libro de Nielsen, “Hambre”, de Knut Hamsun. Desde que lo retiré de debajo de su almohada y pasé la noche evocando su rostro desfigurado, en cubierta, decidí llevarlo conmigo hasta que algún azar, que no me parece distante, me permitiera devolverlo en el golfo de Botnia.

“La madre, si está viva, lo recibirá con ternura. Y al saber por mí que su hijo se dormía con él en las manos, lo apretará contra el pecho y le parecerá que, de nuevo, siente entre los brazos el calor de su niño”.